

Al igual que el primer tomo de esta serie, el segundo tomo compila una serie de contribuciones interdisciplinarias concatenadas en torno al fundamento teológico, antropológico, social y pedagógico de la identidad del matrimonio y de la familia. Así, en el libro aparecen contribuciones de autoras especialistas en medicina, psicología, pedagogía, biología, derecho y filosofía, otorgando al trabajo una unidad adecuada a la multidimensionalidad de su objeto de estudio.

El tomo se divide en dos capítulos. El primer capítulo aborda la cuestión teológica y antropológica del matrimonio y la familia. En primer lugar asienta las características propias del matrimonio sobre la naturaleza de la persona. Así, la indisolubilidad, reciprocidad, exclusividad y apertura a la transmisión de la vida se presentan como un bien común de los cónyuges que alcanza a los hijos, desde el que descubren e interpretan el sentido de pertenencia y de fraternidad. Se trata de un acercamiento a la familia desde sus bases antropológicas, susceptible de desarrollo, que no duda en acudir a la interpretación teológica del matrimonio como sacramento, como forma de imitación de Cristo en su entrega a la Iglesia.

En una segunda parte del primer capítulo de este tomo, se confronta la concepción de la sexualidad en la cultura actual como separación (de cuerpo-persona; sexualidad-amor y sexualidad-procreación), con la entrega de la intimidad que solo se revela cuando puede ser respetada. Solo desde este respeto a la persona, la sexualidad se puede entender como don de sí y no exclusivamente para sí, de tal manera que se pueda alcanzar la comunión expresada con el cuerpo. El amor como vocación encuentra así una forma de respuesta a la persona que la reafirma en su identidad, siguiendo la argumentación del primer tomo de esta serie. De tal manera, que el amor conyugal como don se abre a la vida liberándose del egoísmo y redescubriendo el significado esponsal del cuerpo. En este sentido, la persona se entrega con su cuerpo, “uniéndose en una sola carne con el lenguaje del cuerpo, lo entrega todo, no reservando nada, ni

siquiera la fertilidad” (p. 25), de tal manera que los hijos pueden recibir un amor incondicional. En este marco se ha de entender en el libro la paternidad responsable: desde una ética de la decisión en la que los cónyuges “han sido llamados a dar vida mientras no surja algo en contra, y no al revés” (p. 28). La paternidad responsable también aborda la cuestión de la ética de la ejecución misma, por cuanto que esta no se presenta como éticamente indiferente, sino que afecta a las personas en relación, son actos de personas dirigidos a personas que exigen un trato digno a través de la capacidad de autodominio o libertad para el don. Desde esta perspectiva se indica cómo afecta a la persona el uso de los métodos anticonceptivos o los diferentes medios de reproducción asistida.

La tercera y última parte del primer capítulo analiza la importancia de la familia en la formación de la personalidad de sus miembros; y cómo esta importancia no es fruto de una creación social del hombre, sino que pertenece ineludiblemente a la condición humana. Somos seres en relación, tenemos una radical necesidad del otro, y nuestro ser se remonta a una coparticipación de un ser humano masculino y otro femenino. La personalidad se forma como conjunción entre genética y ambiente, y es en la familia donde estos factores pueden armonizarse de manera personal a través de las diferentes etapas por las que pasan sus miembros en relación; proporcionando una imagen de sí, confianza, autoestima y una identidad que pueda ser percibida como estable y saludable en base a la memoria familiar. La familia es un microsistema social desde el que aprendemos a adaptarnos al entorno social más amplio. Desde el amor incondicional que responde a la persona en la familia, se nos ofrece un espacio de gratuidad que proporciona felicidad y revierte en el bienestar social.

El segundo capítulo está dedicado a la afectividad humana y su educación. Aquí se presenta el amor como una experiencia que nos saca de nuestro egocentrismo para insertarnos en la dinámica del don en el encuentro. Al mismo tiempo, se denuncia un emotivismo en la cultura actual que interpreta la libertad en clave determinista, enfrentándose al racionalismo, negando la posibilidad de valorar la orientación de nuestros sentimientos, más allá de ellos mismos. Esta situación se califica en el libro de analfabetismo afectivo, impidiendo al hombre llegar a ser feliz, comprenderse, comprender y amar a los otros. El amor surge del enamoramiento que nos invade, pero esta vivencia ha de ser valorada de manera personal e integral, de manera que pase de la pasión, en la que la presencia del otro es meramente afectiva, a la unión real que establece una comunión interpersonal por medio de la decisión de entrega al otro. Amar es querer un bien, mover la propia voluntad, y no solo sentir. El

deseo humano es el deseo del bien que supone dicha comunión interpersonal que se alcanza por medio del don de la persona. Un deseo interpretado en clave meramente hedonista constituye una solución falsa ante el misterio del deseo humano de infinito. El hedonismo no calma el deseo, antes bien, encierra al sujeto en sus estados subjetivos, generando así un narcisismo que tiene consecuencias negativas cuando se proyecta en la familia. Estas consecuencias son enumeradas en el libro y anulan las denominadas tendencias transitivas: tendencia a *estar-con-otro*, tendencia a *ser-para-otro*, tendencias creadoras, tendencia a saber, tendencias normativas y tendencias religiosas. Se generan así mecanismos de autodefensa, autodestructivos, que solo pueden ser superados eligiendo situarse en un horizonte de sentido. Pero a esta elección posterior, que puede ser más traumática, le precede como antídoto una educación afectiva de la autoaceptación y la confianza básica en sí mismo por sentirse la persona atendida, comprendida, aceptada, querida en los actos concretos cotidianos. Y en esta educación, la familia juega un papel primordial.

La última parte del libro está dedicada a dar una serie de indicaciones para proporcionar a los hijos una educación afectivo-sexual teniendo en cuenta las etapas educativas por las que van pasando. Distingue así entre una educación infantil que requiere una serie de pautas básicas, como el trato de delicadeza entre los padres; una educación afectivo-sexual correspondiente al período de primaria en la que se recomienda que los padres contesten a las inquietudes de los hijos de una manera sencilla; y la adolescencia en la que se debe apelar a la responsabilidad, haciendo conscientes a los hijos de las consecuencias de sus actos. Sin olvidar indicar que el “ejemplo de vida de los padres tiene una fuerte influencia” (p. 135). Finaliza esta sección con una exposición, a modo de guía, de los métodos de reproducción asistida y anticonceptivos.

RAQUEL VERA